

Juicio Crítico Acerca del Estado Actual de la Enseñanza de la Medicina en la República

"Amicus Plato: sed magis amica veritas"

POR EL DR. ESTEBAN POUS CHAZARO

Bien claro lo dice la convocatoria: «Estado actual». Con lo que damos por excluida toda crítica al pasado, que para nosotros, por desdicha, no se ha alejado todavía lo suficiente, ni en tiempos ni en procedimientos, en lo que a la enseñanza de la medicina atañe.

La seriedad de una Corporación como la que convoca a este certamen, y nuestra seriedad misma, nos obliga a fijar nuestra atención únicamente en las verdaderas Facultades encargadas de impartir la enseñanza de la Medicina; sin mencionar siquiera todas aquellas llamadas Escuelas, que no son más que una de tantas manifestaciones de piratería médica, que solamente en esta tierra de libertades han podido subsistir.

Podemos decir que la enseñanza de la Medicina se imparte en el país por distintas Facultades: corresponde el primer lugar a la de México, y siguen la de Nuevo León, Jalisco, Puebla, Michoacán, San Luis Potosí, Campeche y Yucatán. Por ser la de México la principal, en elementos y en importancia, a ella hemos de dedicar nuestra atención preferente, no sin mencionar hechos y particularidades inherentes a las demás.

Para hacer una labor crítica sobre el estado actual de la enseñanza médica, vamos a considerar, ante todo y sintéticamente la parte doctrinal, fundamental desde todos puntos de vista; sin tratar especialmente más que los detalles culminantes inherentes a la asignatura que en lo particular lo merezca. Pero juzgamos que si la orientación es capital, no lo es menos el método; así como el actual Profesorado, al que rindiéndole el homenaje que como tal merece, habremos de dedicarle algunas consideraciones totalmente alejadas de la parte personal. Ideas y solamente ideas: nunca hombres.

Es un deber nuestro el afirmar que la enseñanza actual en la Facultad de Medicina es deficiente, de acuerdo con la época en que vivimos. No precisamente por falta de orientación, sino porque aun no es comprendida y aceptada esa misma orientación, como eje a cuyo derredor debe girar la enseñanza médica en todas partes.

Por más que el criterio fisiológico, único capaz de formar médicos que merezcan ese nombre, viene infiltrándose de años atrás en nuestra Facultad, paulatina, pero tenaz y seguramente, no ha sido sino hasta después, cuando ese mismo criterio ha sido puesto oficialmente al servicio de la Facultad, sin que hasta ahora haya merecido la aceptación absoluta y unánime conque debe acogerse lo indiscutible, lo que constituye la médula de la enseñanza y del ejercicio de la medicina.

Dadas las reservas, fruto de la rutina, conque ese mismo criterio ha sido recogido por algunos, ha tenido que resultar forzosamente, que mientras unos, convencidos de él, lo siguen como debe seguirse lo que ES, otros se resisten a darle entrada, aferrados en su decidido apego a lo que FUE. De donde resulta que no existe actualmente en nuestra Facultad la uniformidad de criterio indispensable para la enseñanza de la Medicina; asunto fundamental desde el punto de vista de los fines que toda Institución de esa índole debe perseguir, y situación imposible desde el punto de vista científico. . . . Porque ninguna Institución de esa naturaleza puede florecer, si la orientación que se le traza no se ve secundada eficaz y lealmente por múltiples orientaciones parciales ligadas entre sí, y a la vez ligadas con la orientación directora, por lazos indisolubles del más puro espiritualismo.

¿A qué se debe tal situación? Ocioso es contestarlo: es la inevitable lucha entre las viejas y las nuevas ideas; el eterno conflicto entre lo que significa renovación y lo que traduce estancamiento. Es, para usar términos médicos, «la localización de un estado general». Vivimos en medio de conflictos de toda índole, sociales, políticos, etc.; nuestra Facultad tenía que atravesar forzosamente por ese período angustioso, en el que el pasado, lleno de ataxias y de anquilosis, tiene que defender su puesto, y luchar ante el ataque vigoroso, sostenido y brillante de la medicina moderna, que lleva en sus banderas una sola inscripción: FISILOGIA.

¿Cuál será el resultado de esta pugna, que no por tranquila, mesurada y discreta, deja de tener altísima importancia en el presente, y mayor aun en el porvenir? Que el criterio moderno habrá de imponerse sin remedio, más bien pronto que tarde; que se ha impuesto ya, y que poco a poco se irán viendo más cerca las avanzadas de los que tienen como base para sus juicios y para su acción, el estudio funcional del órgano o aparato sano, seguido del estudio funcional del órgano o aparato enfermo, base SINE QUA NON de toda labor médica, si la queremos bienhechora y fructífera.

No otra cosa ha dicho Eugenio Gley: «sin fisiología no puede haber medicina; los progresos que la medicina moderna ha podido conquistar, se deben única y exclusivamente a la escuela Fisiológica». Y nosotros agregamos; la patogenia del asma vivió en la más desconcertante obscuridad, y su tratamiento en el más cruel de los empirismos, hasta que Richet,

Widal, Abrami, etc., fijaron el papel de la anafilaxia y del choque coloido-clásico en la aparición del acceso. Es decir, que el empirismo y la oscuridad pudieron subsistir, mientras la Fisiología no nos presentó los hechos reales en los asmáticos; mientras la misma Fisiología no aclaró el papel del simpático y del neumogástrico. He allí la clave de la patogenia del asma: he allí también por modo admirable, el punto de partida de su tratamiento.

Hemos hablado de criterio fisiológico. Preciso es que sobre él insistamos, en obsequio de la labor que en estos momentos acometemos, y a sabiendas de que la cultura y sabiduría de los que nos juzgan, están muy por encima de nuestras explicaciones, quizá superfluas.

Lejos de nuestra mente el pensar que el criterio fisiológico debe excluir los demás criterios, inclusive el anatómico. Pero por si alguien nos tachara injustamente de exclusivistas, debemos aclarar que todos los criterios, el anatómico, el histológico, el fisiológico, tienen su lugar propio y su papel definido, pero constituyendo siempre el fisiológico la clave de la enseñanza y del ejercicio de la medicina.

Para el médico que se encuentra un enfermo con área hepática pequeña, cabeza de medusa y derrame ascítico, es muy fácil emitir un diagnóstico nosológico: cirrosis de Laennec. Pero el clínico verdadero y el enfermo mismo habrán obtenido bien poco, mientras no se fije exactamente cuál es el estado funcional de ese hígado. De allí depende la vida del enfermo, y la conducta terapéutica que con él se siga.

Nuestros sentidos pueden apreciar un soplo mitral, y nosotros hablar de insuficiencia de esa válvula. Pero mientras no conozcamos la presión arterial, la venosa y la capilar, no habremos llegado al final de nuestro estudio. El enfermo a quien simplemente diagnostiquemos insuficiencia mitral, podrá vivir un mes o podrá vivir muchos años; pero si el estudio funcional del mismo caso nos autoriza a declararlo con insuficiencia cardíaca, podremos afirmar que su fin está próximo, si fundamos nuestra conclusión en los datos apuntados y en la exploración farmaco-dinámica del corazón.

En suma, la anatomía debe enseñar a conocer cuál es la forma, el volumen, las relaciones, etc., de un órgano; la histología estudiará los tejidos y sus elementos constitutivos; la célula, la fisiología, la función. Ninguno de esos criterios es excluyente: todos se completan; pero los demás deben ser desarrollados en sus relaciones con el criterio fisiológico. Por lo cual, y definitivamente, debemos decir que el profesor de anatomía, como el de histología, deben ser fisiólogos también. Hágase la generalización debida, y se tendrá la uniformidad de criterio de que hoy desgraciadamente carecemos.

Los demás puntos débiles que nuestra enseñanza médica presenta, no

son sino derivados de esa misma falta de uniformidad de criterio que hemos señalado. Debemos de acabar una vez por todas, con esos cursos aplastantes en detalles que abruman a profesores y alumnos. El estudio del SINDROMA, sobre facilitar y simplificar enormemente el estudio de la Patología, conduce suave y seguramente al diagnóstico sindromático, parte importantísima, aunque no única, del diagnóstico integral.

Es inconcuso que no puede ser benéfica la enseñanza de la anatomía, mientras los cursos de esa asignatura se vean envueltos en esa hojarasca constituida por nombres, fechas, e infinidad de datos, que al fin y a la postre, no constituirán más que un pesado lastre para el estudiante, que al convertirse en alumno de Terapéutica Quirúrgica, habrá de aligerarse de él arrojándolo a un lado por inútil, conservando lo prácticamente indispensable, y teniendo la triste convicción de haber gastado estérilmente muchas de sus energías. Labor de síntesis: la sencillez dentro del más riguroso método sintético-práctico.

Colocados en ese terreno, debemos asentar de modo categórico, que cada profesor debe abordar, sin vacilaciones y sin temores, el estudio sintético de los asuntos a él encomendados. Tarea que requiere, además de la competencia que hay que suponer en quien una cátedra profesa, una enorme dosis de buena voluntad y de trabajo, que implica el conocimiento sintético de cualquier ramo de la medicina. Es decir, que contra lo que muchos hacen actualmente, la labor máxima debe ser siempre la del maestro; secundariamente la del alumno.

Es en verdad abrumadora la cantidad de asignaturas de que consta la profesión de Médico Cirujano. Hay años como el sexto, que tiene, amén de otras materias, diez distintos cursos de clínica. Y sin embargo, la medicina contemporánea exige imperiosamente toda esa enseñanza. ¿Es posible, dadas las actuales orientaciones suprimir la Parasitología, la Venéreo-Sifilografía, la Fisiología Patológica, para no citar más que esas? No, seguramente que no. Como tampoco es posible que la Facultad lance médicos que hayan de ejercer en provincias, sin haberlos provisto de conocimientos, elementales si se quiere, pero siempre útiles, en algunas de las llamadas especialidades. De donde resulta, que conservando el principio, debemos ser exigentes con el método; o para ser más exactos, antes que suprimir materias cuyo estudio es primordial, simplifiquemos la labor del alumno dándole programas sintéticos y sencillos elaborados y desarrollados por profesores competentes.

La enseñanza práctica debé ser no nada más prescrita por la ley sino exigida por el profesor mismo. Clínicas tiene nuestra Facultad, y no una sino varias, en las que se estudia un enfermo y ni profesor ni alumnos vuelven a ocuparse más de él. ¡Con cuánta razón dijo el profesor Trousseau, que «conocer la evolución natural de las enfermedades, es saber la mitad de la medicina!»

Tratándose de las Clínicas observamos, con pocas excepciones, serias deficiencias. Debemos imponer la costumbre, la obligación más bien, de hacer completo el estudio de nuestros enfermos, física y funcionalmente; y continuar el estudio de su evolución hasta la salud o hasta la muerte. Y si como resultado final ésta llega, sigamos ese cadáver hasta el anfiteatro, hagamos el estudio macroscópico del órgano o aparato enfermo, abordemos la histología patológica también, e insistamos de modo preciso y terminante, sobre el error o los errores que hayamos cometido, **NO HUYAMOS DE LA NECROPSIA**: preferible es sentir herido nuestro amor propio de profesores y de médicos, que no aprovechar la enseñanza moral y científica que el error y la confesión de él, nos proporciona y proporciona a nuestros alumnos.

Por desgracia, aún vemos profesores que hacen pésimo uso del laboratorio, confiándolo todo a él, algunos, y otros no confiándole absolutamente nada. Punibles extremos que crean una viciosa práctica y un mal ejemplo para el alumno. El laboratorio debe disipar dudas o aclarar presunciones: presunciones o dudas que han de ser obtenidas por la Clínica. Es ella, y solamente ella, la que ha de enviarnos con nuestro enfermo al laboratorio, al que llegaremos siempre apoyados en los resultados de la exploración física.

Todo lo anterior se refiere de modo directo y principal, a la clínica médica. Por lo que hace a la quirúrgica, tenemos que consingar también serios vacíos capaces de engendrar infinitos fracasos educativos. Se descuida en ellas el estado funcional de esos enfermos desde el punto de vista médico; es decir; que nunca entran esos sujetos a estudio, dentro del período obligado de cuidados pre-operatorios, base incontrovertible del éxito que obtienen los cirujanos norteamericanos y también ¿por qué no decirlo? alguno de nuestros cirujanos. (1)

Creamos por ese camino, médicos rutinarios, que entregan el porvenir de su enfermo en manos del azar. ¿Qué hay indicación operatoria? Pues a operar; sin saber si la tensión arterial de aquel enfermo, su fórmula leucocitaria, su hemoglobina, sus emontorios, no contravienen la indicación operatoria. Procedemos a anestesiarse aquel enfermo con el anestésico que el Hospital nos suministra, o con el que más simpatías nos inspira, sin saber siquiera cuál es el indicado en cada caso, de acuerdo con lo prescrito en los cánones de la moderna cirugía. Y todas estas exploraciones deben ser obligadas, imprescindibles, sistemáticas, no tan solo desde el punto de vista didáctico sino desde el punto de vista de la salud y de la vida.

(1) Dr. Ulises Valdés

Las Clínicas, ya sean médicas o quirúrgicas no deben hacer uso del laboratorio del Hospital, sino del que debe existir en cada curso a cargo del ayudante. Son los alumnos los que deben ver y hacer la mayor parte de las investigaciones, las elementales cuando menos, las que debe poseer todo médico; puesto que en rigor el laboratorio no representa más que una continuación de la Clínica, una dependencia de ella.

Debemos perseguir, como ideal educativo, el que cada profesor tenga el menor número de alumnos, junto con el mayor número de ayudantes. El estudio irá siempre de lo fácil a lo difícil, buscando el mayor contingente de enfermos que adolezcan de padecimientos similares, cosa que permitirá adquirir conocimientos sintéticos y a la vez caracteres diferenciales. Nunca será más provechosa una clínica quirúrgica que cuando en un mes se estudie por ejemplo el mayor número posible de fracturas de distintos huesos y al mes siguiente se haga lo mismo con las luxaciones. La clínica dermatológica producirá mayores bienes cuando los alumnos tengan ante su vista diez distintos casos de eczemas en variados períodos evolutivos y con distinta localización. Pero este ideal requiere, además de contingente de enfermos, la presencia de ayudantes activos, conscientes y ansiosos de cumplir y aprender.

No podemos, no debemos terminar nuestras consideraciones acerca de las clínicas, sin insistir, aunque sea de paso, sobre algo al parecer secundario con ellas relacionado, y que sin embargo es parte integrante de la educación del médico. Hablo de las Historias Clínicas, tanto en su parte fundamental, doctrinaria, como en la gramatical misma.

Cualquiera que haya formado parte de un jurado para examen general, habrá tenido la pena de leer tesis, que si científicamente son aceptables, gramaticalmente constituyen una negación flagrante de cultura. Por deber, por estimación al alumno y por propio decoro los Profesores no deben aceptar una historia clínica que no sea impecable desde todos puntos de vista. Son ellas —aparte su papel intrínseco— los peldaños que conducen a la tesis y éstas, que circulan por doquier, pueden constituir un elocuente instrumento de desprestigio para la Escuela.

Trabajo nos cuesta abordar la crítica de la Terapéutica Médica. Tal parece que dicha asignatura ha de seguir siempre y en todas partes, condenada a vivir en el más negro de los empirismos. En ella, como en ninguna otra quizá, debe imperar el criterio fisio-patológico para hacerla fructífera y fecunda en bienes positivos. Hoy día no debe conocerse la propiedad de tal o cual substancia, sus caracteres organolépticos, etc., sino que debe emprenderse o conocerse al menos su estudio biológico lo más completamente que sea posible. Y coronar esa labor teórico-práctica con la Clínica Terapéutica Médica, que obtendrá los datos-físicos funcionales de

la Clínica misma, junto a los datos físico funcionales que haya creado nuestra intervención terapéutica.

La investigación biológica moderna está dando un soberano mentís a las rancias ideas que a mazo nos fueron metidas en la cabeza en años anteriores. Nos enseñaron a no aplicar morfina en los edemas pulmonares y hoy el estudio biológico de esa droga lleva a Vaquez a aplicarla confiadamente, ya que la investigación ha demostrado con claridad que baja la presión arterial y combate el espasmo vascular. El empirismo nos dice que no apliquemos pilicarpina en los renales, y la Escuela Francesa ha hecho de la pilicarpina la base del tratamiento heroico de la eclampsia puerperal, pese a las nefritis de cualquier clase, que ceden a la imposición de dicho medicamento fundándose en investigaciones de orden biológico exclusivamente.

En nuestro medio, las cátedras llamadas de «pase», constituyen un verdadero desastre. El alumno concurre a ellas por cumplir y «pasar» nunca para adquirir conocimientos. Está en nuestro natural modo de ser aquello de no cumplir por convicción, sino porque la obligación misma nos lo impone. Y esta crítica, severa pero justa, amarga pero real, hay que hacerla extensiva a los señores Profesores: la Facultad, haciéndoles honor, suprimió las listas de asistencia; para que después la misma Facultad, haciéndoles justicia, volviera a implantarlas. Exponente claro y terminante de que la conciencia del cumplimiento del deber, es, con raras excepciones, planta exótica en nuestro medio.

Adolece nuestro cuerpo docente de profesores—en tesis general,—de una extrema debilidad para con los alumnos. Ser severo, no es ser tirano; pero ser severo y exigente, es del más lisonjero éxito en nuestra Facultad. No convirtamos las cátedras en mascaradas ni los exámenes en comedias; no nos esponamos a que alguna cátedra merezca por parte de los alumnos el gráfico calificativo de «charlotada». El respeto del alumno al profesor, no es hijo de lustros ni de canas; es consecuencia obligada y necesaria de la seriedad y de la competencia.

A los factores apuntados antes hay que agregar el económico, médula de toda empresa, base de toda Institución. Mientras la Facultad gratifique y no pague, muy difícil será que encuentre Profesores que dediquen toda una vida a descollar en una asignatura, porque esa vida tendrán que dedicarla a sostener una familia; y toda buena voluntad se estrella ante las necesidades de orden material. Por eso vemos que cuando el profesor, andando los años, llega a resolver su problema económico a base de clientela, lo primero que hace es renunciar a su cátedra de la Facultad. Resuelva la Facultad ese problema, y se verá camino del éxito. No otra cosa se hace en la Escuela de Medicina de China, fundada y sostenida por el Instituto Rockefeller.

Es doloroso consignar lo que acabo de recoger de algún estudiante de la Facultad, alumno aventajado de sexto año de Medicina. Según él—y traduce el sentir casi unánime de sus compañeros,—no ha tenido sino escasamente seis verdaderos maestros durante su carrera médica. Ante tal confesión, nosotros—que maestros fuimos de él—callamos discretamente, ante la duda cruel y torturante de quedar colocados fuera del escaso número de los que él consideraba como tales. Y ya sabemos que esas opiniones valiosas como ningunas por la sinceridad de su procedencia, deben ser tenidas en su justo valor, por ser desapasionadas hijas de la juventud, siempre intuitiva.

En nuestro país, y con nuestros procedimientos, todos podemos llegar a ser médicos, con sólo desearlo, y con tener paciencia, aunque otras cosas no tengamos. Por lo cual, es de absoluta necesidad el que haya selección, antes de ingresar a la Facultad, y durante los tres primeros años cuando menos, época en que el alumno, derrotado en la carrera que quiso abrazar, aún está a tiempo de dedicar sus actividades a otra ocupación cualquiera.

Junto a los puntos débiles ya señalados, perfectamente fáciles de corregir, hay otras manifestaciones verdaderamente alentadoras en el estado actual de nuestra enseñanza médica. Ella tiende a entrar por los senderos debidos, y los obstáculos con que hoy tropieza serán removidos por sí mismos. Tiene cátedras nuestra Facultad —y no hay que mencionarlas— que pueden presentarse con orgullo en cualquier centro educativo por más avanzado que se le suponga. No es posible negar que hay materia prima, tanto en profesores como en alumnos, para que la enseñanza sea completa. Solo hay que esperar a que la orientación máxima, la orientación capital lo invada todo, para que el resultado sea el fruto obligado del conjunto harmónico a que todos aspiramos.

Lo que hemos escrito acerca de la Facultad podemos aplicarlo a la Escuela Médico Militar. Solo que ésta, como todo organismo joven no ha encontrado obstáculo, ya que en su constitución no han podido arraigar viejas ideas por falta de tiempo. Dedicada a formar médicos para el Ejército, tiene en favor de su éxito cuatro poderosos factores: selección de alumnos, número reducido de éstos, hospital anexo y Ordenanza que establece penas para los remisos en el cumplimiento de su deber. Va esta Institución siempre adelante; y solamente necesita tener más tiempo de fundada para que la experiencia vaya dictando las reformas necesarias dentro de la misma orientación, que es y debe ser única e indivisible.

¿Qué hemos de decir de las Escuelas que en las distintas provincias dan o pretenden dar educación a nuestros jóvenes estudiantes de medicina? Difícil es conocer a ciencia cierta lo que en ellas se enseña y cómo se ense-

ña. Por lo que a Nuevo León respecta, sabemos que gestionó en México la adquisición de determinados profesores especializados. Sabemos también que en Michoacán un grupo de entusiastas profesores defienden a capa y espada el criterio moderno, y tratan de culminar en su labor meritísima. Ignoramos la marcha y tendencias de todos esos planteles; y solo podemos pensar, —a guisa de suposición— que por muchos elementos conque cuentan, han de carecer de algunos, dadas las dificultades que en nuestra misma Facultad palpamos.

Sabidas son en efecto, las condiciones poco propicias en que viven la mayor parte de nuestras entidades Federativas y aun la poca o ninguna cultura de la mayor parte de sus gobernantes. Y es innegable, que aun contando esas Escuelas con presupuestos bien provistos, hay muchas cátedras que no pueden ser desempeñadas por médicos generales, sino que requieren la presencia del especialista, que generalmente no abandona la Capital de la República. En suma, que el ideal sería hoy por hoy, y mientras tiempos mejores no vengan, centralizar la enseñanza Civil de la medicina en una sola Facultad en donde se reunieran todos los elementos, en la actualidad dispersos.

Este trabajo no tiene conclusiones precisas y numeradas: serían muchas para consignarlas. Su autor, al escribirlo, no se ha inspirado sino en propia observación y en opinión propia. No aspira a galardones; sino que ha querido aprovechar esta ocasión para juzgar y exponer serenamente su criterio sobre el tema planteado; libre de prejuicios, y sin tener en su mente a las personas. La verdad cualquiera que sea, debe exponerse siempre, teniendo en cuenta que no ha de ser más que verdad relativa, jamás absoluta. En materia científica la renovación es constante, pues el arte o la ciencia, como dijera el poeta, no se resignan a envejecer. Y estamos obligados a abrazarnos a la verdad del momento en que vivimos, mientras otra verdad más exacta no venga a derribarla.

Nuestra Facultad tiene que encauzarse por el único sendero que habrá de conducir a nuestros jóvenes médicos a adquirir la verdad del momento: el criterio fisiológico. Fuera de él, la labor queda trunca, resulta estéril; nuestros sentidos, por más sutiles que se les suponga, no son capaces de apreciar más que el estado anatómico cuando éste se manifiesta de manera apreciable. Y cuantas veces la anatomía está intacta, cuando la alteración funcional es desquiciante.

Ese es el estado actual de nuestra enseñanza médica: va camino de la verdad, en parte convencida, en parte arrastrada por la fuerza incontrastable de los hechos. Y por ese camino, con las correcciones de método que de él derivan, y que a él afluyen, muy pronto veremos su labor, traducida en una copiosa bendición de flores y de frutos.

ESTEBAN POUS CHÁZARO